

LA EDUCANDA.

PERIODICO DE SEÑORITAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion moral: Hacer carrera.—Tener suerte, por doña Micaela de Silva.—Cartas familiares, por doña Angela Grassi.—Viajes, por Sara.—Francisco y Boberto, por doña Josefa Estevez de G. del Canto.—El Cazador furtivo, por doña Micaela de Silva.—**GRABADO:** Arco de la Estrella.

EDUCACION MORAL.

HACER CARRERA.—TENER SUERTE.



É aquí dos frases que oireis repetir con frecuencia en el mundo, aludiendo á las personas que brillan en él por los honores ó la fortuna que adquirieron.

Pero es preciso tomar en cuenta los medios de que se valieron para obtener ese resultado, porque hay dos modos de hacer carrera en el mundo, uno en extremo laudable, otro aborrecible y despreciable á los ojos de las personas honradas.

El que á fuerza de laboriosidad ó inteligencia, sin ofender en lo mas mínimo á la moral, sin mas recomendacion ni apoyo que su mérito, sube de soldado á General, de auxiliar á Ministro, de mercader á banquero, etc., etc.; el que sube á las regiones del poder, mas para dicha de sus gobernados que para su propia dicha, y viene á ser como el sol que ilumina y fecundiza la tierra con su bienhechora influencia... el que lejos del poder colabora no obstante á la grande obra de la civilizacion, distinguiéndose ya en las artes, ya en las letras, ya en los diferentes ramos del saber humano, del comercio ó la industria, instruyendo á los unos, aliviando á los otros, y dando buen ejemplo á todos, ese á no dudarlo ha hecho carrera, y esa carrera es tanto mas honrosa, cuantas mayores fueron las dificultades vencidas.

Pero si no es el mérito quien lo ha encumbrado, si la intriga, la bajeza, el perjurio, la osadía, las maquinaciones tenebrosas, fueron los móviles de que

2.^a ÉPOCA.

se valió para empinarse, cuanto mas alto suba, mas de relieve pondrá sus vicios ó su pobreza moral, única pobreza de que los hombres debieran avergonzarse; los zancos no convierten en gigante al pigmeo, lo que hacen es ayudar á que todos vean su pequeñez.

El que con su trabajo, su actividad, su industria y economía bien entendidas, construye una fortuna regular, y con bien combinadas especulaciones, que á nadie perjudican ni comprometen, aumenta de dia en dia su capital, se hace millonario, y emplea noblemente su fortuna en hacer bien á los demas, goza de unas ventajas euvidiables. ¿Quién lo duda?

Pero el que se vale de la usura, del robo, del agio, del fraude, y de todos los medios reprobados para enriquecerse, podrá en malhora obtener millones; lo que nunca obtendrá es la estimacion agena ni la propia; no pasará de ser un miserable cargado con el peso de una mala conciencia, que es el peso mas difícil de sobrellevar.

De las mujeres no se dice que han hecho carrera, suele decirse que han *tenido suerte*; pero se alude á las que por la posicion de sus maridos, ó por las gracias con que las dotó la naturaleza, consiguen brillar en el gran mundo, y reciben sus homenajes.

Suerte digna de ser envidiada es la de una mujer que sabe captarse la estimacion de su marido, el amor de sus hijos, y el respeto de todos cuantos la conocen á fondo.

En cualquier estado tiene suerte la mujer que alcanza dignamente la reputacion de honrada, laboriosa, modesta y prudente, en una palabra, la que da ejemplo á las demas en la práctica de las virtudes cristianas.

Sin estas, ya puede adornarse con todos los oropeles del mundo, cuando mas será un idolillo pasa-

gero, podrá envanecerse con sus ventajas; necia será quien se las envidie. No es esa la mujer de quien diremos que ha tenido suerte.

Solo el que próximo á comparecer ante un juez infalible, vé acercarse á la niveladora de todas las fortunas, á la que disipa los engaños de la vida... á la *muerte*, y al arrojar una mirada retrospectiva, nada encuentra en lo pasado de que avergonzarse ó temblar; y si bien se humilla recordando las faltas de que no es fácil eximirse, no por eso desconfía de la bondad de aquel que no vino al mundo á buscar los justos, sino á redimir los pecadores, y confiado con su palabra cierra los ojos á la luz pasajera del mundo, con la esperanza de abrirlos á la luz eterna; solo ese nos hará esclamar con entusiasmo: tú si que has hecho buena carrera en el mundo! tú si que has tenido suerte!

MICAELA DE SILVA.

CARTAS FAMILIARES.

X.

De Enriqueta á Julia.

El anterior domingo recorriamos las amenas calles del Jardin Botánico, precioso recinto, en donde sin dar un solo paso, puede contemplar el hombre todas las maravillas que encierra la naturaleza, desde un polo al otro polo.

Aunque finalizaba el Otoño, y los árboles se despojaban tristemente de sus hojas, yo habia obtenido permiso para gozar de sus postrimeras sombras.

Mis niños corrian aquí y allá, dando gritos de alegría.

Yo me senté debajo de un árbol, saboreando aquella santa é indefinible complacencia que experimenta el corazon al contemplar las sublimes obras del Eterno.

Tambien pensaba en los generosos sábios, que apoyados en su nudoso baston de viaje, habian ido peregrinando por la tierra, con el solo objeto de descubrir una planta rara que aumentase el bienestar de sus hermanos.

Adriana fué la primera que vino á sentarse á mi lado.

—¡Qué prodigiosa variedad de árboles y de plantas! dijo.

—Aquí ves reunidos todos los portentos del reino vegetal, la respondí, desde el augusto cedro que saludó el sol en el Líbano, hasta la menuda grama que crece en nuestros campos!

¡Y así, que contrastes tan bellos y variados! Aquí un grupo de naranjos en flor, allí sombríos cipreses, mas allá la esbelta palmera, y luego el sauce lloron, inclinando sus ramas sobre un cuadro de flores exóticas, que al balancearse á impulsos del céfiro, ostentan sus bellísimos matices!

Esos árboles, cuyas hojas son tan anchas, han debido el sér á la feraz América. El mas digno de representarla es el maravilloso algodoner. Lo teneis á vuestra derecha, contempladle!

Mide cerca de diez pies de altura, y de su frondosa copa brota una flor parecida á una campana, de la cual sale luego una nuez, que contiene el algodón, y está adherida en forma de bedija á la simiente.

En América hay millares de molinos, destinados á separar el algodón del grano. Luego sus habitantes colocan al primero en sacos de arpillera bien mojada, en donde le prensan, y forman las gruesas bolas ó fardos que envian á nuestra Europa.

No necesito encareceros las propiedades del algodón, pues sé que estimais en mucho vuestros cuellos y mangas de riquísima muselina, y habeis tenido ocasion de admirar los preciosos tejidos que se hacen con él, mezclándole con lana, con seda y hasta con oro.

Pero ya que he elegido un representante para América, elegiré dos para el Asia, que es mas rica en vegetacion y en diversidad de producciones. Escojo, pues, aquellos dos que están allá abajo, el uno junto al otro, y son el aloé y el té.

El aloé, como veis, es un hermoso árbol, cuya leña arde como cera, esparciendo en torno un delicioso aroma.

El corazon del aloé es tan estimado por los indios, que hasta lo prefieren al oro. Lo emplean para perfumar sus vestidos y aposentos, y además sirve como cordial en la medicina, y es muy eficaz para combatir la parálisis y otras enfermedades.

Aunque el té os parezca un arbolillo agreste é insignificante, por solo el valor de sus hojas reporta grandes ventajas al comercio.

No crece mas que en la China y en el Japon, y para que comprendais en cuánto lo estiman los habitantes del pais, hé aquí la tradicion que tienen, para explicar su origen.

Darma, príncipe indiano, y el mas piadoso de los hombres, fué allí peregrinando, con el solo objeto de predicar la virtud é inculcarla en todos los corazones. Recorriendo montes y llanos de dia, entregándose de noche á la oracion y á la penitencia, sentíase abrumado de fatiga, é impotente para vencer el sueño. Cansado una noche de luchar con él, se cortó los párpados...

Al dia siguiente, cuando volvió al sitio de aquella singular ejecucion, encontró cada uno de los párpados

dos transformado en un arbolillo desconocido: eran árboles del té.

Darma, obedeciendo á una inspiracion divina, se comió las hojas, y se sintió al instante fortalecido y reanimado, en tales términos, que el sueño y la fatiga no volvieron jamás á perturbarle.

Sus discípulos le imitaron, y se dedicaron con celoso esmero al cultivo del sagrado y misterioso árbol, que constituyó luego una de las principales riquezas de su patria.

Para que represente á la salvaje vegetacion del Africa, escojeré el café, pues aunque los árabes son los que le cultivan con mas gloria, y el café de Moka no tiene rival ninguno, los autores le suponen originario de la alta Etiopía, hoy Abisinia, en donde crece en abundancia, y llega á tener hasta cuarenta piés de altura.

El café es un arbolillo que no pierde jamás sus hojas verdes y lustrosas, y cuyo fruto es del tamaño de una cereza.

Tambien tiene su tradicion: Cuentan los árabes, que un pobre derviche no poseia mas que una cabaña y algunas cabras. Un dia las cabras volvieron del pasto royendo las ramas y el fruto de un árbol desconocido, y mostrando en todos sus movimientos una singular agitacion. Siguiólas el derviche al dia siguiente, y viéndolas detenerse al pié del arbolillo misterioso, quiso probar tambien su fruto. Al instante circuló por sus venas un suave calor, y se sintió transportado de una alegria tal, que empezó á dar saltos por la pradera. Desde entonces se conceptuó tan feliz, que le parecia que su cabaña se habia transformado en palacio, y sus cabras en súbditos reverentes.

Los persas fueron casi los primeros en conocerle, y cuentan que estando enfermo Mahometo, el ángel Gabriel inventó esta bebida deliciosa para devolverle la salud.

Por lo demás, de Aden, el café se extendió á la Meca, á Medina, al Cairo y á Damasco, usándolo en el dia los turcos en lugar de vino.

En cuanto á nuestra Europa, un comerciante llamado Ewards, lo introdujo en Lóndres en 1644, y en 1675, bajo el reinado de Carlos II, se cerraron, como centros de turbulencias, hasta tres mil salones en donde se tomaba esta bebida.

Soliman Agá, embajador de la Puerta Otomana, cerca de Luis XIV, en 1669, lo introdujo en París, y la costumbre de tomarlo se extendió rápidamente á toda Europa.

Nicolás Vitsen de Amsterdam fué el primero que en 1690 transportó este precioso árbol de Moka á la Batavia, en donde da prodigiosos resultados, y á un tal Declieux deben la Martinica, Guadalupe, La Cayena y la Jamaica el cultivo del café; pues con una abnegacion admirable, durante una larga y penosa

travesía, partió constantemente su racion de agua con el arbolillo, objeto de sus desvelos. De aquel arbolillo derivan los millares de arbustos que se ostentan en sus comarcas, y dan un café excelente.

Vengamos ahora á Europa, y en razon á su utilidad elegiré para que la represente al mas humilde de todos los cereales.

Quizás nunca habreis fijado seriamente la atencion en ese grano diminuto que dais de comer á los pajarillos, y que se llama cañamon, ¿qué diriais, pues, si os demostrase que de él salen las velas que cubren nuestros buques, los cables que sujetan las anclas, las tiendas de campaña que sirven de abrigo al fatigado ejército, las cuerdas de todas dimensiones, y las camisas y sábanas del pobre?

Aun tiene mas propiedades: amasando el grano se hace un pan excelente para alimentar á los bueyes, y prensándolo, se estrae de él un aceite muy bueno para el alumbrado.

—El cañamon! exclamó María con extrañeza!

—El cañamon es la simiente del cáñamo, planta muy lozana, cuya corteza forma una especie de tejido, que es lo que se aprovecha para hilar, y cuyas hojas, parecidas á las del fresno, exhalan un olor fuerte, aunque agradable.

¡Oh, mis queridos niños! estudiando á la naturaleza es como se aprende á conocer y á bendecir ese poder supremo, que en un solo árbol, en una sola planta, en una sola flor, ha encerrado tantos tesoros de riqueza para el hombre!

ANGELA GRASSI.

VIAJES.

CARTAS Á UNA NIÑA.

XX.

Vamos á terminar nuestra excursion á los palacios de París: el del Elíseo, llamado en otro tiempo Elíseo Borbon, se edificó en 1718, y ha servido sucesivamente de estancia á la marquesa de Pompadour, al hacendista Beaujou, á la duquesa de Borbon, á Murat, á Napoleon I, á Wellington, al emperador Alejandro, al duque de Berri y á Napoleon III. Como monumento carece de importancia.

El palacio de la Industria, levantado en los Campos Elíseos para la esposicion universal de 1855 merece este nombre por sus proporciones gigantescas: mide 254 metros de largo, y 110 de ancho, componiéndose de un salon central de 200 metros de largo

sobre 43 de ancho, con 35 de altura, rodeado por una espaciosa galería subdividida en el piso bajo por columnas que sostienen el suelo de la galería del piso alto. Dan vista estas galerías á la nave principal: á la del primer piso se llega por doce grandes escaleras que parten de los seis pabellones que hay en el perímetro de los muros de piedra que forman el círculo del palacio: pabellón del Norte, del Sur, del Noroeste, del Sudoeste, del Sudeste y del Nordeste. En el del Norte está la entrada principal, sobre cuya portada se vé un grupo que representa á la Francia coronando á la Industria, al Comercio y á las Artes, y debajo de él un friso que figura á la Industria y á las Artes ofreciendo sus productos á la Exposición universal.

La construcción del Palacio de la Industria es, en su circuito exterior y en los pabellones de piedra, y en el interior de hierro: 288 columnas de fundición sostienen en el piso bajo los travesaños de hierro, el suelo de las galerías laterales y las cubiertas de la nave principal. El total de ventanas y puertas asciende á 487; recibe luz principalmente de su inmensa techumbre, toda de cristales.

A Napoleon I se debe el palacio de la Bolsa, en el



Arco de la Estrella.

que no nos detendremos: es un paralelogramo de 70 metros de largo sobre 40 de ancho, adornado en sus cuatro frentes con una sucesión de columnas de orden corintio levantadas sobre un pedestal de ocho pies próximamente, que forman una galería cubierta alrededor del edificio. En los cuatro ángulos del basamento se ven las estatuas del Comercio, de la Justicia, de la Industria y de la Agricultura.

No quiero que abandonemos los Campos Elíseos sin

detenernos á admirar el *Arco de triunfo de la Estrella*, uno de los cuatro que ideó Napoleon I levantar en 1806, y de los que solo se comenzaron dos, el de *Marengo* (hoy de la *Estrella*) y el de *Austerlitz*. La primera piedra del de la *Estrella* se puso en 1806, pero no se terminó hasta 1836 en que se inauguró solemnemente.

El arco principal tiene, bajo la bóveda, 29 metros de altura, y entre su imposta y el entablamento hay cuatro bajos relieves que representan, sobre los cuatro grupos, los funerales de Marceau, muerto en 1796; la batalla de Aboukir; el puente de Arcola, cruzado por Napoleon en medio de la metralla, y la toma de Alejandría, por Kleber.

El ático, coronado de laureles y de cabezas de Medusa, está adornado con escudos, sobre los cuales se han grabado los nombres de las batallas de Valmy, Lodi, Arcola, Pirámides, Aboukir, Austerlitz, Marengo, Jena, etc., etc. Adornan los cuatro pies derechos trofeos de un tamaño verdaderamente gigantesco; los dos que miran á los Campos Elíseos representan, el de la derecha, de Rude, la marcha para la frontera en 1792; el de la izquierda, de Cortot, el triunfo de 1810: la Victoria corona á Napoleon, mientras la Fama pregoná sus triunfos y la Historia los escribe en sus anales. Los dos que dan frente á la avenida de Nanterre representan á su vez, el de la derecha, la *Resistencia* y el de la izquierda la *Paz*. Ambos son de Etex, y de gran mérito. En el primero un joven soldado, contenido por una mujer, defiende el territorio nacional; otro joven herido estrecha sus rodillas; en segundo término se ve un jinete, herido también, y desde las alturas el Porvenir le alienta. En el segundo un guerrero envaina la espada, una mujer acaricia á un niño, mas allá un hombre arregla un arado, y un soldado convertido en labrador, doma á un toro. La figura de Minerva domina el grupo.

La vista que se disfruta desde la plataforma, á la cual se sube por una escalera de 261 peldaños es admirable.

SARA.



FRANCISCO Y ROBERTO.

Vé á la hormiga, ó perezoso, y considera sus caminos y aprende sabiduría.

Camino de vida tiene el que guarda la corrección: mas el que deja las reprensiones va descarriado.

Libro de los Proverbios.

I.

En la calle del Duque de Alba vivía hace algunos años un honrado carpintero en compañía de su mujer, de un hijo de unos ocho años de edad, llamado Francisco, y una hija de seis llamada Juanita. Estos dos niños, frutos de su matrimonio, formaban las delicias del carpintero y de su mujer, los cuales trabajaban sin descanso con intención de ahorrar algún dinero para poder dar á sus hijos una educación mas esmerada que la que generalmente recibían otros niños de su clase, y atender á su porvenir, que era lo que mas preocupaba á los cariñosos consortes.

—María, decía el carpintero á su mujer mientras pulimentaba una mesa ó una cómoda, en tanto que ésta sentada en la trastienda se ocupaba en repasar la ropa de la familia, parece que el chico es mas aficionado á los libros que á manejar la garlopa y la sierra; ¿no te parece que debemos dejarle seguir su inclinación y que elija la carrera que mas le agrade?

—Sí, Pedro, le respondía su mujer, pero para darle la carrera de médico ó de abogado necesitamos mucho dinero, y nosotros somos muy pobres.

—Anda mujer, que de menos nos hizo Dios.—Yo trabajaré con afán, y gastarémos cuanto tengamos hasta ver asegurado el porvenir de Francisco. ¡Vaya! cuanto darías por verle hecho un señor, y á nosotros á su lado en una buena casa, teniendo en nuestra vejez quien nos cuidase, y gozando con la dicha de nuestro hijo. Además Juanita, que está muy hermosa, y que á pesar de su corta edad tiene tan buenas inclinaciones y tan buena disposición para aprender cuanto se la enseña, no podrá menos de tener una suerte feliz. ¡Vaya, qué bien te alegrarías que así sucediese!

—No digas esas cosas Pedro, porque al oírlas me baila el corazón de gusto. ¡Hijos de mi alma! cuánto daría yo porque esos proyectos llegaran á realizarse!

—Quién sabe mujer si algún día se realizarán. Con la ayuda de Dios todo se consigue en este mundo.

Una tarde que los dos esposos estaban embebidos en estas ó parecidas pláticas, entraron en la tienda Juanita y Francisco, que salían en aquel instante de la escuela. Los dos niños venían llenos de gozo, y

abrazando á sus padres les dijeron al mismo tiempo:

—Madre, me han dado un premio por lo bien que he acabado mi costura, y por responder sin equivocarme á las preguntas que me ha hecho la maestra sobre la doctrina.

—Padre, el maestro me ha regalado este libro porque he sabido responder en los exámenes á todas las preguntas que me han hecho sobre la gramática, la aritmética, la historia de España y la Geografía.

—¡Dios os bendiga, hijos míos, porque sois tan buenos y tan estudiosos! dijeron el padre y la madre colmándolos de caricias.

María se levantó de su asiento y dijo á sus hijos:

—Ya que el maestro os ha premiado, quiero yo también premiaros dándoos para merendar pan y miel que es lo que mas os gusta.

—¡Ay qué rico! exclamaron á una voz los dos niños.

—Diga Vd., madrecita, dijo Francisco, ¿nos dejará Vd. subir á Juanita y á mí despues que merendemos á jugar con los niños de la señora del cuarto principal? porque cuando hemos venido estaban al balcón y nos han dicho que subiésemos.

—Sí, hijos míos, subid; pero cuidado con lo que haceis; no siento que seáis pobres, pero sentiría que fueseis mal educados.

Pocos momentos despues los dos esposos quedaron solos.

—María, dijo Pedro á su mujer, ya ves como corresponden los niños á nuestras esperanzas: con tales hijos bien se pueden formar proyectos sin temor de equivocarse.

—Tienes razón, Pedro, con ayuda de Dios, espero como tú, que ha de ser bueno el porvenir de nuestros hijos, y por consiguiente el nuestro. ¡Soy una madre muy dichosa!

María se dirigió á la cocina á preparar la cena, en tanto que Pedro recojía sus herramientas, cantando á media voz un estribillo popular.

II.

Lucila y Roberto eran dos hermosos niños, hijos de una opulenta familia que vivía en el cuarto principal de la misma casa en que habitaba el carpintero. Lucila y Roberto tenían unos juguetes preciosos, pero los que mas llamaban la atención de Juanita y de Francisco, era una linda muñeca, que por medio de un resorte andaba sola por la habitación, y un polichinela que tocaba un tambor y unos platillos, daba vueltas en un aro y hacía otras mil habilidades que dejaban encantados á los dos niños.

—Qué contentos venís esta tarde, dijeron Roberto y Lucila á Juanita y á Francisco cuando los vieron entrar.

—Sí, estamos muy contentos, porque á los dos

nos han dado un premio en la escuela, respondieron á una voz los hijos del carpintero.

—¿Por qué te lo han dado á tí, Juanita? preguntó Lucila.

—Me lo han dado porque he sabido la doctrina, y sobre todo, por haber cosido á gusto de la maestra una camisa para mi madre.

—¡Coser!.... ¡qué fastidio! á mí no me gusta coser, mamá nunca cose; para eso están la doncella y la costurera.

—Pues mi madre siempre está cosiendo, dijo cándidamente Juanita.

—No es extraño, como vosotros no podeis tener costurera! contestó Lucila con acento desdeñoso.

—No, no es solo por eso: mi madre dice que la holgazaneria es origen de todos los vicios, y que el saber no ocupa lugar; por eso yo trato de estar siempre ocupada y de aprender cuanto me enseñan. Mi madrina es una gran señora, y siempre que vamos á su casa la encontramos ocupada.

—Pues á mí todo me fastidia, menos jugar ó ir á paseo; y como mamá es tan buena, me da todos los gustos, y no voy al colegio sino cuando quiero, ni aprendo sino lo que se me antoja, respondió Lucila.

—¿Y á tí porqué te han dado el premio? preguntó á su vez Roberto á Francisco.

—Por haber respondido bien á todas las preguntas que me han hecho sobre Historia, Geografía, y otras muchas cosas. Tengo tanto afán de saber, que todos los ratos que puedo los paso estudiando.

—¡Estudiar!.... qué cosa mas pesada! á mí no me gusta estudiar, respondió Roberto.

—Pues mi maestro dice que el que no estudia es un zote, que jamás podrá hablar en ninguna parte sin esponerse á decir mil necedades.

—Yo no hago caso para nada de lo que dice el maestro.

—Yo sí, porque le respeto como á mi padre. Además, es tan agradable el poder responder con acierto á todas las preguntas que á uno le hace, y distinguirse entre todos los compañeros que, mas torpes ó menos estudiosos, rara vez se llevan el premio que yo ambiciono! dijo Francisco con entusiasmo.

—A mí nada de eso me importa: con tal que no tenga que estudiar no se me da nada porque otro se lleve el premio. Los pobres tienen que trabajar para ganarse la vida; pero mi papá es rico, por consiguiendo yo lo soy tambien y no necesito molestarme por nada.

—Pues yo te aseguro que no envidio á los ricos en dinero, sino á los ricos en ciencia, porque segun dice mi maestro, los que hoy son ricos mañana pueden ser pobres, y si además son ignorantes, ¿qué consuelo, qué refugio les queda en este mundo?

—Bueno, bueno, vamos á jugar que ya me fas-

tidia oírte hablar de tu maestro, dijo Roberto con acento de mal humor.

Despues de una pequeña discusion acerca del juego que habian de elegir los cuatro niños, eligieron por unanimidad la *Gallina ciega*, y pocos instantes despues no se oia en la habitacion mas que infantiles gritos y alegres carcajadas.

(Se continuará.)

JOSEFA ESTEVEZ DE G. DEL CANTO.

EL CAZADOR FURTIVO.

—¡Qué veo! Tú por aquí, primo Bernardo? Qué traes de bueno? preguntaba un ciudadano de Bruselas á un hombre que por las trazas parecia lugareño.

—De bueno, mi querido Geroncio, no traigo nada, respondió el recién venido, abrazando á su pariente, lo que traigo es mucho de malo.

—Pues qué sucede? preguntó el bruselés, alarmado al oír aquel intróito que nada bueno prometia.

—Qué ha de suceder, hombre!... Que me veo metido en un mal paso, y necesito esconderme para no caer en manos de la justicia; cuento con que me darás un asilo en tu casa, y vengo á que me ayudes á obtener el indulto....

—Pues qué has hecho? Volvió á preguntar el bruselés con creciente sobresalto.

—Que qué he hecho? una friolera!.. Ayer mañana maté á unos....

—Chis!... Esclamó el primo llevándose con precipitacion el índice á los labios... A quién se le ocurre decir esas cosas en medio de la calle!.... Te has vuelto loco? Entra en casa: entra, repeta, empujándole hácia la puerta, que cerró cuidadosamente apenas estuvieron dentro.

—Ya estamos solos! exclamó desahogando el pecho con un prolongado suspiro: vamos, habla, ¡infeliz! A quién has matado? á quién?

El pobre lugareño, que no las tenia todas consigo, al ver tan azorado á su pariente, arrojó en torno suyo una mirada recelosa, y acercándose al oído de su interlocutor, murmuró con voz entrecortada: he matado unos cuantos conejillos...

—Voto á Sanes con el hombre! dijo el otro soltando una carcajada, pues no me has dado mal susto!... Cuando menos creí que hubieses mandado al otro mundo un par de guarda-bosques. Porque ya se vé! cómo siempre te andan á los alcances!....

—El diablo inventó los tales guarda-bosques! saltó diciendo el cazador furtivo; esa gente no deja vivir en paz á los hombres de bien! Figúrate que ayer mañana se me antojó dar un paseo por el par-

que de Marimon, y apenas habia conseguido atrapar en mis lazos tres ó cuatro gazapillos, cuando sentí que me cogian por detrás; volví la cabeza y me toqué con dos picaros guardas, que no contentos con quitarme la presa, quisieron hacerla en mi persona y llevarme á la cárcel; si no estoy metidito en ella es porque llamé á los piés compadres!

—Mal negocio! mal negocio es ese! refunfuñó el primo arrugando el entrecejo, el parque de Marimon es propiedad del príncipe Cárlos de Lorena, hoy dia gobernador de los Países-Bajos; un buen hombre, á la verdad, pero severo como él solo, cuando se trata de castigar á los cazadores furtivos.

Les tiene guerra declarada! y harto será que puedas escapar de algunos meses de prision, amen de pagar una buena multa!

—Pues si me prenden, haz cuenta que me matan, porque yo no puedo vivir sin respirar el aire libre; además, la racion que dan á los presos no me basta; el potaje de las habichuelas no me sienta bien; la sopa de coles no puede convenir á un estómago acostumbrado á digerir buenos bocados.

—Ya!... pero te gusta comerlos de balde, y presumo que van á salirte muy caros.

—Y no sería fácil obtener la gracia de nuestra emperatriz María Teresa? Quizá entregándola un memorial...

—Y cómo? La Emperatriz está en Viena, y aquí gobierna en nombre de su hijo el príncipe Cárlos de Lorena, su cuñado; y ese que no entiende mucho de bromas, te hará pagar caros los conejos, no te quepa duda!

—Entonces yo no sé qué hacer! si me voy al pueblo, me zampán en la cárcel, como tres y dos son cinco, de modo que vas á tenerme de huésped hasta sabe Dios cuándo; porque supongo que no me arrojarás á la calle.

—Pues no faltaba mas! dijo el buen Geroncio, á quien no le sentaba muy bien el tener que alojar al intruso; pero la humanidad, el parentesco y hasta la gratitud le imponian esa obligacion. Geroncio era un hombre pacífico y temeroso de la justicia, pero dotado de un excelente corazon y tambien de un estómago agradecido. Bernardo le habia regalado muchos pares de perdices y no pocas docenas de conejos; no era cosa de olvidarlo en la hora de la desgracia y en el momento que imploraba su generosa hospitalidad.

—Vamos, dijo, disimulando como pudo su mal humor, sube á mi cuarto, y mientras comemos, tal vez se nos ocurra un medio para salir del apuro.

En efecto, despues de comer, pasaron un par de horas discurriendo el modo de salir de aquel pantano; inútilmente agotaron los recursos de su imaginacion, ni el uno ni el otro daban en el quid de la dificultad; por último, Bernardo, que habia corrido á pié algunas leguas, y bebido un poco mas de lo regular,

porque su pariente le habia obsequiado con un par de botellas de vino del Rhin, comenzó á inclinar la cabeza de un modo tan significativo, que Geroncio esclamó:

—Estás cayéndote de sueño! mas vale que te acuestes; ahí tienes mi cama, duermes tranquilo... Aunque algun vecino se haya enterado de lo que fuistes á decir en la calle y pensara que se trataba de un homicidio cuando menos, no por eso hay que temer una delacion. Los flamencos, á Dios gracias, no somos espías ni delatores; oficio es ese que no conviene á las personas honradas, y nuestra honradez es proverbial.

Esta reflexion disminuyó algun tanto la inquietud del buen Geroncio, que no se creia muy seguro de tener que habérselas con la justicia, por haber convertido su casa en *refugium peccatorum*; esto unido al aumento del gasto que siempre ocasiona un huésped, y mas si es persona de buen apetito, le hacia desear con vivas ansias verse libre del compromiso, sin faltar á las leyes de la hospitalidad, por lo cual resolvió salir en busca de un abogado conocido suyo, hombre de chispa y fecundo en expedientes para salir de cualquier atolladero. Dejó á su primo que disfrutara las dulzuras del sueño, y tomando la capa y el sombrero encaminóse á una especie de cafetillo, donde presumia encontrar al legista.

En efecto, á la primera ojeada le descubrió sentado al pié de una mesa; estaba solo, y aprovechando tan oportuna ocasion, fuese á él en derechura, y como le contó el negocio que le traia preocupado.

El tal legista era un hombrecillo de talla diminuta y chispeante fisonomía, de ojos negros hundidos, y un sí es nó es picarescos; su fondo era excelente, y no se le conocia mas defecto que la inclinacion á reirse á costa del prógimo, lo cual mas de una vez le impulsó á quebrantar el octavo Mandamiento, pecado que disculpaba en cierto modo lo inofensivo de la intencion, y el deseo de servir á los mismos á quien hacia juguete de sus burlas.

Aquella tarde, sin embargo, parecia dispuesto á tomar las cosas por el lado mas grave, oyó sin pestañear la relacion de su cliente; concluida esta quedóse un rato pensativo, y luego dijo en tono formal:

—Preciso es convenir en que vuestro primo se ha hecho digno de la severidad del Príncipe; cazar en la propiedad de otro, sin estar completamente autorizado, es ya un abuso que merece reprension; pero no es eso lo peor, estamos en Abril, estacion hermosa en que la natureleza se dispone á celebrar sus fiestas nupciales; los árboles se coronan de flores; las plantas se visten de tiernos pimpollos; las aves comienzan á preparar sus nidos; todos los seres se reaniman y tienden á multiplicarse; por eso en estos dias la caza está severamente prohibida, infringir la veda es un verdadero crimen, porque tiende á la destruccion de

las especies; por su mismo interés debieran los cazadores respetar esa ley previsor, y es justo que se castigue á sus contraventores.

—Luego pensais que no será posible conseguir el indulto de mi pobre Bernardo? Tendria que darse á prision ó permanecer escondido en mi casa Dios sabe hasta cuándo! lo cual ya veis, seria causa de que pagára el justo la pena del pecador.

Todo esto lo decia el pobre Geroncio con una expresion tan compungida, que acabó por despertar en el abogadillo el mal deseo de hacer una jugarreta de las suyas al pobre cazador furtivo.

—Vamos! veremos, exclamó el legista encendiendo el cigarro, que comenzó á saborear con mucha calma y gravedad, quedándose al parecer absorto en la contemplacion de las espirales del humo, como si en ellas buscára una luz que guiára sus ideas. De improviso, dándose una palmada en la frente, como herido de un rayo luminoso, exclamó:—Ya dí en ello!

Sí, sí, no me cabe duda, conseguiremos el indulto!

—Hombre! hombre! ¿Cómo? explicáos, dijo el buen Geroncio, cuya fisonomía se puso radiante al oír aquellas frases consoladoras.

—A cuántos estamos? preguntó el legista con mucha flemma.

—A veinte y siete de Abril, contestó su cliente ardiendo en ansias de averiguar lo que pensaba el otro.

—Es decir que faltan tres dias para el 1.º de Mayo, y luego quedan dos... tres y dos son cinco, verdad?

—Caballito!... Eso quién lo duda? exclamó Geroncio moviéndose á un lado y otro, como si estuviera sentado en un monton de arenas. Pero como tres y dos son cinco, que no sé á qué viene preguntar eso!

—Cachaza, buen amigo, cachaza! vais á ver que la pregunta no es inútil; estoy echando la cuenta de los dias que podrá tardar vuestro primo en ir á Brujas.

—A Brujas? Y qué tiene que hacer allí? En verdad no comprendo!...

—Ahora comprendereis, escuchad... Inútil era la recomendacion, pues el pobre cliente todo era oídos; el abogado continuó diciendo: El dia 3 de Mayo se celebra en Brujas la procesion de la Sacratísima Sangre, la ocasion nos viene de perillas. Haceis un memorial solicitando la gracia de la emperatriz María Teresa, vuestro primo parte mañana mismo; el 2 de Mayo podrá estar en Brujas, y allí no tiene que hacer mas que presentar el memorial á María Teresa cuando la vea pasar.

—Qué decís?... exclamó Geroncio interrumpiéndole, María Teresa está en Brujas?

—Silencio! dijo el abogado poniendo el índice sobre los labios: no conviene que los demas sepan lo que voy á deciros... La Emperatriz asistirá este año á las fiestas, no lo digais á nadie mas que á vuestro

primo; si éste logra poner en sus manos el memorial, sugracia está segura; en una ocasion tan solemne no es fácil que se la niegue.

—Y no vendrá despues á Bruselas nuestra soberana una vez que se halla en el pais?

—No, no viene á Bruselas, y por eso no conviene divulgar esa noticia; os la confio porque conozco vuestra honradez y prudencia, y deseo que os aprovecheis del aviso.

No era Geroncio de los que rabian por saber y comentar las noticias en que nada les va ni les viene; contento con saber lo que le importaba, no pensó en aberiguar los motivos del secreto, y prometió guardársele, pero no se le cocia el bollo en el cuerpo hasta comunicarle á su primo; corrió á su casa, en donde halló á Bernardo, que dormia con la tranquilidad del justo, despertóle de improviso, sacudiéndole un brazo, de modo que le hizo abrir los ojos con espanto, creyendo que venian á prenderle.

(Se continuará.)

MICAELA DE SILVA.

ADVERTENCIA.

Con este número repartimos á las suscriptoras por un año á la *edicion general* los seis pliegos de dibujos para bordados que tenemos ofrecido como REGALO: las que lo son por igual tiempo á las ediciones de *Modas y completa* recibirán una magnífica lámina para bordar en cañamazo.

Debemos advertir que para recibir estos regalos es indispensable haberse suscrito por un año y pagado adelantado su importe de una vez, y que las que lo han hecho por seis meses ó por tres, no tienen derecho á ellos.

Por lo no firmado

El Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. LEON MORAN.

MADRID.—1864.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.